

ABC Cultural celebra la concesión del Premio Nobel de Literatura a Günter Grass con un amplio dossier. Lo abre la crítica de su último libro, *Mi siglo*, a cargo de Luis Meana, e incluye fragmentos de esta obra, así como artículos de Cecilia Dreytmüller, J. Rafael Hernández Arias y Heinrich Vormweg. Los dibujos son del propio Grass

La literatura que comienza

GÜNTER GRASS

Mi siglo

Traducción de Miguel Sáenz.

Alfaguara. Madrid, 1999.

432 páginas, 2.800 pesetas.

A este libro del Nobel Günter Grass, que lleva por título el algo engañoso epígrafe *Mi siglo*, habría que calificarlo de marcadamente viscontiano. No sólo por su empeño, algo melancólico, en la reconstrucción literaria de un pasado al que el tiempo va volviendo crecientemente anacrónico, sino, sobre todo, porque, del mismo modo que cada vez que un actor de Visconti abría un armario, el espectador se encontraba con los respuntes y objetos reales de la época, también el lector del libro de Grass se encuentra, al ir abriendo sus capítulos-cajones, con los emblemas, objetos, mercancías y cachivaches con los que se formó el siglo. Otra pequeñez, quizás más específica, le da al libro un aroma suavemente viscontiano: esa atiborrada colmena de sucesos, inventos, cacharros y perifollos deja, lo mismo que las lujosas vidas y mansiones de Visconti, una extraña y paradójica sensación de vacío. Sensación que puede deberse a un extravismo de Grass, a un pesimismo infundado o a una mirada poco objetiva mía, pero, en todo caso, tampoco ésa es una paradoja tan rara, pues esa discordancia entre follaje recargado y fondo huero está ya presente en otros análisis de la época, por ejemplo en el de Benjamin sobre la época de Kafka.

Lo que, por detrás y por el medio de ese atiborrado perifollaje, va asomando es la descripción subjetiva de Grass de los contenidos principales del siglo, es decir, la historia íntima de la centuria, con sus grandes simbologías y sus miserables manías: la huelga, el *canotier*, la revolución, el submarino, el gramófono, el fútbol, la bicicleta, los gases bélicos, la cultura proletaria, el charleston, el coche, el paro masivo y el patriotismo, la radio o el boxeo, los campos de concentración y los juegos olímpicos, el militarismo, el hierro, las bombas, y, por supuesto, la guerra, gran emblema demoníaco del siglo, y palabra que abre y cierra el volumen: «Eso, si no vuelve a haber guerra. Primero allá abajo, después en todas partes», dice la madre de Grass, a la que el autor ha resucitado imaginativamente, para concederle la conmovedora y autobiográfica historia final del libro.

El recorrido por todos esos símbolos, realidades y cachivaches proporciona al lector algunas perlas literarias. El precioso, y preciosista, texto sobre el pintor Max Liebermann, con la narración, casi como a cámara lenta, del gran desfile de antorchas nazi en la



Dibujos de Günter Grass de la edición alemana de *Mi siglo* (*Mein Jahrhundert*. Steldl Verlag. Göttingen, 1999)